

en la reproducción escénica de los libros que iban alcanzando mayor boga. Pasaba, no obstante, por un gran talento que no había pronunciado todavía su última palabra. A más de esto abordó asimismo la alta literatura, publicando tres novelas, sin contar las que mantenía en prensa, como peces en vivero. Uno de esos tres libros, el primero, cual les sucede á muchos escritores que no han podido escribir más que una obra, había merecido del público un favor brillante, y colocado imprudentemente en primera línea, Raúl se complacía en hacerlo llamar á cada dos por tres el mejor libro de la época, la única novela del siglo. Ponderando de continuo las múltiples y graves exigencias del arte, perteneció al número de aquellos que más contribuyeron á agrupar todas las obras artísticas, así el cuadro como la estatua, lo mismo el libro que el edificio, bajo una bandera única. Empezó por hilvanar un libro de poesías, que le valió un puesto entre la pléyade de poetas modernos, siendo admirado, sobre todo, un poema sumamente nebuloso que en el mismo figuraba. Obligado á escribir por falta de recursos, iba del teatro á la prensa y de la prensa al teatro, disipándose y prodigándose, sin desconfiar nunca de su vena. Su gloria, pues, no era inédita, como la de ciertas celebridades agonizantes, encomiadas por el título de las obras que prometen escribir y que no aparecen nunca; Nathán tenía todas las apariencias de un hombre de genio, y de fijo que, si hubiese marchado camino del cadalso, habría podido golpearse la frente cual un nuevo Andrés de Chenier. Faltábale sólo conocer la ambición política, y ésta le sobrecogió violentamente al ver invadido el poder por una docena de autores, profesores, metafísicos é historiadores, que se incrustaron en la máquina gubernamental durante las tormentas de 1830 á 1833, y entonces era de oírle lamentándose vivamente de no haber escrito artículos políticos en vez de artículos literarios, creyéndose muy superior en talento á aquellos advenedizos, cuya fortuna le inspiraba devoradores celos. Era Raúl uno de esos espíritus envidiosos de todos y capaces de todo, para quienes no hay tiempo que no les haya sido arrebatado, que se dirigen á todos cuantos puntos luminosos se ofrecen á sus ojos sin fijarse en uno solo: uno de esos espíritus que sirven cuando menos para debilitar la resolución de sus vecinos. En aquellos momentos iba del saint-simonismo al republicanismo para volver al ministerialismo al poco tiempo, pues en todos los rincones veía un hueso que roer, y se afa-

naba buscando un sitio seguro desde donde pudiera ladrar y hacerse temible, resguardado de golpes y percances. Pero tenía la inmensa desgracia de que de Marsay no le tomara nunca por lo serio, pues el ilustre de Marsay, que se hallaba entonces inspirando al gobierno, no solía guardar la menor consideración hacia los hombres en los cuales no brillara lo que Richelieu llamaba espíritu de consecuencia, ó, por mejor decir, fijeza de principios. Más hubiera podido contar cualquier ministro con el desarreglo continuo de Raúl, por lo que tarde ó temprano la necesidad debía obligarle á aceptar condiciones, en vez de imponerlas. El carácter íntimo y cuidadosamente velado de Raúl concuerda en un todo con su carácter público. Comediante de buena fe, engreído de sí mismo, cual si el Estado fuese él, y habilidoso charlatán, nadie domina mejor el juego de los sentimientos, ni se jacta de falsas grandezas, ni se adorna con bellezas morales, ni se respeta por medio de palabras, ni sabe presentarse como un Alcestes, cuando obra en realidad como un Filinto. Su egoísmo corre al trote, cubierto con esa armadura de cartón pintado, y alcanza á menudo el objeto que se propone; pero perezoso hasta un grado superlativo, no hace nada si no le hostiga el acicate de la necesidad. El trabajo continuado que requiere la creación de un monumento lo ignora por completo; pero en el paroxismo de la rabia que le infunde su vanidad hollada ó en el momento de crisis producido por un acreedor importuno, es capaz de saltar impávido el Eurotas, triunfando de las más difíciles exigencias del espíritu, para volver á mirarse al instante, fatigado y como sorprendido de haber hecho algo, en el marasmo de los deleites parisienses. Reaparece la formidable necesidad, se siente sin fuerzas, se aplana, y entonces es cuando se compromete. Excitado por una falsa idea de su grandeza y de su porvenir, medidos con el rasero de la alta fortuna de uno de sus antiguos camaradas, uno de los raros talentos ministeriales que para salir de embarazos descubrió la Revolución de Julio, se permite, con las personas que le aprecian, barbarismos de conciencia sepultados en el misterio de la vida privada, de los cuales nadie se ocupa, ni siquiera para lamentarlos. La frivolidad de su corazón, lo impúdico de su mano capaz de estrechar todos los vicios, todas las miserias, todas las falsías y todas las opiniones, le hacen inviolable como un rey constitucional. Cualquier pecado venial que en un gran carácter excitaría indignación y censuras, en él no representa

nada: una falta de delicadeza es para él una insignificancia que no vale la pena, y, como todo el mundo, sabe excusarse de ello; no hay que decir que él sale siempre perdonado. El que más quisiera despreciarlo, le tenderá la mano temeroso de necesitarlo algún día; así, pues, sus amigos son tan numerosos, que él echa de menos sus enemigos. Esta aparente honradez que seduce á simple vista y que no es óbice para ninguna traición, que todo se lo permite y todo lo justifica, que ora truena contra un desliz, ora lo perdona, es uno de los principales distintivos del periodismo. Esta *camaradería*, palabra inventada por un hombre de ingenio, corrompe las almas más puras, enmohece su altiva dignidad, ahoga las grandes obras en flor y consagra la cobardía de espíritu. Y exigiendo de todo el mundo esta especie de molicie de conciencia, ciertas gentes se captan la absolución de sus villanías y de sus cambios de ideas y de partido. He aquí como la parte más ilustrada de una nación puede degenerar en la menos digna de aprecio y respeto. Si hubiéramos de juzgar á Nathán desde su aspecto literario, veríamos que carece de estilo é instrucción, y que, como la mayor parte de jóvenes ambiciosos consagrados á la literatura, hoy desenloda su instrucción de ayer. Sin tiempo ni paciencia para mejorarla, no observa, pero escucha. Incapaz de trazar un plan vigorosamente constituido, tal vez logra salvarse con el vigor del dibujo. Valiéndonos de una frase de la jerigonza literaria, *sacaba partido de la pasión*, pues, respecto á pasión, todo parece verdad, siendo así que el genio tiene la misión de inquirir, á través de los azares de lo verdadero, lo que puede parecer verosímil á todo el mundo. En vez de despertar ideas, sus exagerados héroes sólo excitan fugaces simpatías: desligados de los grandes intereses de la vida, nada representan; pero en cambio se sostiene con ventaja gracias á la viveza de su ingenio, y á esos afortunados toques que los jugadores de billar llaman retruques. Es el más diestro cazador al vuelo de las ideas que caen sobre París ó que París levanta, de modo que su fecundidad no depende de sí, sino de la época: vive de las circunstancias, y, á fin de dominarlas, exagera el alcance de sus tiros. Finalmente no es veraz; su frase es engañosa; el conde Félix le había juzgado bien, diciendo un día que era un triste jugador de cubiletes. Su pluma se empapa en el gabinete de una actriz, lo cual se nota á la legua. En una palabra: Nathán ofrece una imagen de la juventud literaria del día, con sus aparentes grandezas

y sus miserias reales, y la representa con sus incorrectas bellezas y profundas caídas, con su vida entera, comparable á una hirviente cascada de repentinos vuelcos y espumosos triunfos. Es el hijo de su siglo devorado por el cáncer de la envidia, de un siglo en el cual mil rivalidades, á cubierto de los diversos sistemas políticos, engordan en su provecho á la hidra de la anarquía con sus trabacuentas; el hijo de ese siglo, en fin, que busca la fortuna sin trabajo, la gloria sin talento y el triunfo sin fatiga; pero que después de mil rebeliones y otras tantas escaramuzas, se ve arrastrado por sus vicios á comer del presupuesto con el beneplácito de los gobernantes. Cuando tantas ambiciones que han partido á pie, dándose cita para un mismo punto, llegan á encontrarse, empieza una rabiosa competencia de voluntades, de inauditas miserias, de encarnizadas luchas. En esta horrible batalla triunfa el egoísmo más violento ó el más diestro. El vencedor es envidiado y justificado, á pesar del griterío en contra, como diría Moliere, y llega, por fin, á ser popular. Cuando en calidad de enemigo de la nueva dinastía, Raúl fué presentado en los salones de la señora de Montcorner sus aparentes grandezas habían llegado al apogeo, por lo que se le aceptó como crítico político de los de Marsay, Rastignac y Roche-Hugón, llegados al poder. Víctima de sus fatales vacilaciones y de su repugnancia por cuanto no le concernía directamente, Emilio Blondet, el introductor de Nathán, continuaba desempeñando su papel de burlón, no decidiéndose por nadie y relacionándose con todo el mundo. Era á la vez amigo de Raúl, de Rastignac y de Montcorner.

—Eres un triángulo político—le solía decir sonriendo de Marsay, cuando le encontraba en la Ópera,—esta forma geométrica sólo pertenece á Dios, que no tiene nada que hacer; y ya debes saber que los ambiciosos han de caminar en línea curva, que es, en política, el camino más corto.

Visto desde lejos, Raúl Nathán era un hermosísimo meteorito. La moda justificaba sus modales y su porte. Su republicanismo, tomado á préstamo, le daba por el momento esa aspereza jansenista que suelen adoptar los defensores de la causa popular, de quienes se refa en su interior, y que no deja de tener algunos atractivos á los ojos de la mujer. Las mujeres son siempre aficionadas á hacer prodigios, á ablandar los más duros peñascos, á fundir, en sus amorosos crisoles, esos caracteres que parecen de bronce. El atavío moral de Raúl

corría parejas con su traje. Así es que debía ser y fué para la Eva fastidiada de su paraíso de la calle de Rocher, lo que la serpiente fascinadora, deslumbradora, tentadora, de ojos magnéticos y armonioso movimiento que perdió á la primera mujer. Desde que la condesa María vió á Raúl, experimentó esa conmoción interna cuya violencia produce una especie de sobresalto. El pretendido gran hombre alcanzó sobre ella, con sus miradas, una influencia tal, que irradiando hasta lo más recóndito de su espíritu, la llenó de turbación, y esa turbación se tradujo en ella en indecible deleite. El manto purpúreo que la celebridad colgaba por el momento de los hombros de Nathán, deslumbró á esta ingenua mujer. A la hora del té, dejó María el sitio que ocupaba, silenciosa, yendo á colocarse al lado de otras damas que habían entablado una animada conversación, y desde allí no cesó de contemplar á aquel ser extraordinario. Su silencio no pasó desapercibido para sus falsas amigas. La condesa entonces se aproximó al cuadrado diván, colocado en medio del salón, donde Raúl estaba perorando, y se mantuvo en pie, dando el brazo á la señora Octavia de Camps, excelente dama que guardó religiosamente el secreto de sus involuntarios estremecimientos, que hacían traición á las violentas emociones de su alma. Aun cuando las miradas de una mujer interesada ó sorprendida derraman dulzuras increíbles, Raúl, que en aquellos momentos disparaba un verdadero ramillete de fuegos artificiales, se hallaba hartó ocupado lanzando epigramas que partían veloces como cohetes, acusaciones que se enroscaban y desenroscaban como fuegos de artificio y flamígeros retratos dibujados con rasgos de fuego, para que pudiera apercibirse de la cándida admiración de una Eva infeliz y medio oculta entre el corro de señoras á su alrededor formado. Esta curiosidad, semejante á la que precipitaría á todo París hacia el Jardín de Plantas el día en que le fuese dable ver á un unicornio cazado en las célebres montañas de la luna, vírgenes todavía de las huellas de un europeo, esa curiosidad, repito, que embriaga á los espíritus vulgares tanto como entristece á las almas verdaderamente elevadas, formaba el encanto de Raúl, quien, no obstante, parecía interesarse demasiado por todas las mujeres, para que pudiera pertenecer á una tan sólo.

—Alerta, querida mía—dijo al oído de la condesa su graciosa y adorable compañera;—créame usted, márchese.

María solicitó el brazo de su esposo con una de aquellas

miradas que no siempre comprenden los maridos, y Félix se la llevó consigo.

—Amiguito—dijo después la señora de Espard al oído de Raúl,—es usted el pícaro más afortunado que corre por esos mundos. Esta noche ha hecho usted más de una conquista; pero, entre todas, ninguna como la de aquella dama encantadora, que se ha retirado tan bruscamente.

—¿Comprendes lo que ha querido decirme la marquesa de Espard?—preguntó Raúl á Blondet, repitiéndole las palabras de esta gran señora en cuanto se hallaron casi solos en el salón, entre una y dos de la madrugada.

—Hombre, lo que yo he comprendido es que la condesa de Vandenesse se ha enamorado locamente de ti, y á fe mía que no ha de dolerte.

—¡Pero ¡si no la he visto siquiera!

—Vaya, bribón, que ya la verás—dijo Blondet, prorrumpiendo en una estrepitosa carcajada.—A estas horas sé de muy buena tinta que lady Dudley te ha invitado para su gran baile, precisamente á fin de que os encontréis, y podáis entrar en relaciones.

Raúl y Blondet salieron con Rastignac, que les ofreció su carruaje. Los tres rieron á más y mejor al verse reunidos en un coche, el uno subsecretario de Estado, ecléctico, el otro furibundo republicano y el tercero ateo en política.

—¿No sería conveniente que cenáramos á la salud del actual orden de cosas?—preguntó Blondet, amigo siempre de justificar una francachela.

Rastignac los condujo al restaurant Very, despidió al cochero y los tres se sentaron á la mesa y empezaron á analizar la sociedad de su época, riéndose con risa rabelesiana. A la mitad de la cena, Rastignac y Blondet aconsejaron á su fingido enemigo que no desdenara la buena fortuna que la suerte le había deparado, y con tono burlesco trazaron la historia de la condesa, llevando el escalpelo del epigrama y la punta acerada del gracejo, desde la cándida infancia hasta el dichoso matrimonio de María Angélica. Blondet felicitó á Raúl por haberle cabido una mujer, culpable sólo de algunos malos dibujos trazados con tembloroso lápiz, de algunas pobres acuarelas, de uno que otro par de zapatillas bordadas para su marido, y de más ó menos sonatas ejecutadas con la intención más casta, cosida por espacio de diez y ocho años á las faldas maternas, empapada en las prácticas religiosas, educada por

29684

Vandenesse y condimentada por el matrimonio para ser servida en la mesa del amor. A la tercera botella de vino de Champagne, Raúl Nathán perdió los estribos, y se expontaneó, cual no lo había hecho jamás con nadie.

—Amigos míos—les dijo—harto conocéis mis relaciones con Florina, sabéis al dedillo cuál es la vida que llevo, y no ha de admiraros, por lo tanto, que os confiese ingenuamente que hasta ahora ignoro de qué color es el amor de una condesa. ¡Mil veces me he sentido humillado, al considerar que sólo en poesía podía proporcionarme el de una Beatriz ó el de una Laura! Una dama noble y pura es como una conciencia immaculada, que tiene la virtud de comunicarnos un no sé qué de bello y fastuoso. Con cualquiera otra podemos mancharnos; pero con éstas seguimos viviendo, grandes, altivos y puros. Con cualquiera otra hacemos una vida desesperada; pero con éstas se respira la calma, la tranquilidad y la frescura de un oasis.

—¡Bah, bah!—dijo Rastignac—cualquiera diría que estás ejecutando la plegaria de Moisés como el mismo Paganini.

Raúl se calló y permaneció un rato con los ojos extrañados.

—Este vil aprendiz de ministro no me ha comprendido—murmuró después de un momento de silencio.

En tanto que la pobre Eva de la calle de Rocher se envolvía entre las sábanas del pudor espantada del deleite con que había escuchado al pretendido gran poeta, y luchaba entre la voz severa de su deber, de su reconocimiento por Vandenesse y las palabras doradas de la serpiente, los tres desvergonzados hollaban con su inmunda planta las tiernas y blancas flores de su amor naciente. ¡Ah! ¡si las mujeres conocieran el cínico desparpajo con que esos hombres, á su lado tan amables y lisongeadores, se expresan lejos de su presencia! ¡Cómo hacen befa y escarnio de lo que adoran! Fresca, graciosa y púdica criatura, ¡cómo la descarnaba y analizaba la chistosa chocarrería! Pero al mismo tiempo ¡qué triunfo para ella! ¡Cuanto más velos le arrancaban, más hermosa aparecía!

En aquellos momentos, María comparaba mentalmente á Raúl con Félix, sin sospechar siquiera los peligros que tienen para el corazón semejantes paralelos. Nada en el mundo contrastaba tanto como el desordenado y vigoroso Raúl y Félix Vandenesse, pulcro y atildado como una señorita, cuidadosamente envuelto en su ajustado traje, dotado de fina desen-

voltura y secuaz intachable de la elegancia inglesa, á la cual le había acostumbrado en otros tiempos la misma lady Dudley. Contrastes de esta suerte placen siempre á las mujeres, amantes de pasar de un salto de uno á otro extremo. La condesa, á fuer de mujer prudente y piadosa, acabó por imponerse la prohibición de pensar más en Raúl, tachándose á sí misma de infame é ingrata, al verse al día siguiente tan bien hallada en su bienhadado paraíso. Pero á pesar de todo, durante el almuerzo no pudo contenerse y preguntó á su esposo:

—¿Qué concepto le merece á usted ese Raúl Nathán?

—Es un jugador de cubiletes—contestó el conde;—uno de esos volcanes que pueden apaciguarse con un poquito de oro en polvo; y no me explico cómo la condesa de Montcornet ha tenido la desdichada idea de admitirlo en sus salones.

Esta respuesta enfrió á María, tanto más cuanto que Félix apoyó su parecer con pruebas irrecusables refiriendo los incidentes de la vida de Raúl que habían llegado á su noticia, vida precaria, y mezclada con la de Florina, una actriz de fama dudosa.

—Si este hombre tiene realmente genio—dijo al terminar,—no posee la constancia ni la paciencia que lo consagran y divinizan. Deseoso de imponerse al mundo, asalta con insensata audacia esferas en que no puede sostenerse, y los verdaderos talentos, los jóvenes estudiosos y honrados no obran de ese modo; éstos, al recorrer valerosamente su camino, aceptan resignados sus miserias y vicisitudes, sin cubrirlas de vanos oropeles.

La imaginación de la mujer está dotada de una elasticidad increíble: al recibir un fuerte golpe cede y parece que va á romperse; pero á un tiempo dado recobra su primitiva forma.

—Félix tiene razón—se dijo en un principio la condesa.

Pero tres días después volvía á pensar en la serpiente, al recordar la emoción, dulce y cruel á la vez, que Raúl le había causado, emoción que Vandenesse no tuvo el acierto de adicionar. El conde y la condesa asistieron al gran baile de lady Dudley, en el cual de Marsay hizo su última aparición en el mundo, pues dos meses más tarde debía fallecer, dejando en pos de sí la reputación de un hombre de Estado dotado de un inmenso talento, cuyo verdadero alcance, al decir del sarcástico Blondet, nadie hasta entonces había comprendido. Vandenesse y su esposa encontraron á Raúl Nathán en esta notable reunión, notable, sobre todo, por codearse en aquellos

salones diversos personajes de la comedia política, asombrados de verse juntos. Esta fué una de las primeras solemnidades del gran mundo. Los salones ofrecían mágico aspecto: flores, diamantes, brillantes cabelleras, todos los guarda joyas vacíos, el gusto más refinado en los tocados. El salón podía compararse á uno de esos coquetones jardines en que los jardineros acumulan las rarezas más magníficas de la creación. Brillaba por doquiera la misma esplendidez y finura en los tejidos de los trajes, cual si la industria humana hubiera querido competir con las creaciones animadas. Por todas partes hormigueaba un torbellino de gasas blancas ó pintadas, como las alas de las más lindas mariposas; crespones, blondas, encajes y tules variados como los caprichos de la naturaleza entomológica, recortados, ondeados y dentellados; nieblas de raso, flores al parecer bordadas por manos de hadas ó abiertas á los besos de genios cautivos, plumas matizadas al fuego de los trópicos, en forma de sauce llorón y cayendo sobre soberbias cabezas, collares de perlas, maravillosos trajes entallados, recortados y cubiertos de bordados, cual si el genio de los arabescos hubiese á la sazón inspirado á la industria francesa. Aquel lujo asombroso cuadraba perfectamente con las beldades allí reunidas. Abarcaba la mirada los más blancos hombros, unos del color del ámbar, lustrosos otros, éstos émulos del raso más suave, aquéllos mates y gordos, cual si el mismo Rubens los hubiese modelado; en una palabra, ofrecíanse en ellos los matices más variados que caben dentro del color blanco. Brillaban por donde quiera ojos radiantes como el ónice ó la turquesa, rodeados de negro terciopelo ó de franjas rubias como el oro; perfiles diversos que recordaban los tipos más graciosos de todos los países; frentes sublimes y majestuosas, ora en dulce prominencia, cual si el pensamiento rebosara en ellas, ó inclinadas hacia atrás, cual si fueran trono y palacio de invencibles resistencias, y, sobre todo, aquello que constituye el principal atractivo de estas fiestas, destinadas para recreo de la vista; aquellas gargantas seductoras, unas replegadas, como las que cautivaban á Jorge IV, ó separadas hacia atrás á la moda del siglo XVIII ó hacia adelante, como Luis XV las apetecía; pero apareciendo audaces y al desnudo, ó todo lo más entre esas preciosas gorgueras rizadas que ostentan los retratos de Rafael, triunfo de sus pacientes discípulos. Los diminutos pies calzados para la danza, y el talle de las hermosas, en alas del vals, era lo bastante para estimular la atención

de los más indiferentes. El susurro del dulce acento de las bellas, el roce de sus trajes y el rumor del baile acompañaban fantásticamente á los acordes de la orquesta. Parecía haber brotado de la varilla de una hada aquel sofocante hechizo, aquella melodía de perfumes, aquellas luces descomponiéndose en mil destellos al pasar á través de los cristales donde chisporroteaban las bujías, aquellos cuadros multiplicados en los espejos hasta el infinito. Aquel conjunto de encantadoras damas y de soberbios trajes se destacaba sobre la negra masa de caballeros, entre los cuales eran de notar los perfiles elegantes, finos y correctos de la generalidad, los amarillentos bigotes pegados al grave semblante de los ingleses y los graciosos rasgos de la aristocracia francesa. Todas las órdenes europeas lucían sobre los pechos, ya pendientes del cuello en sotuer ó entrelazadas en los ojales. Aquella concurrencia, no tan sólo presentaba los brillantes colores del atavío, sino que demostraba poseer un alma, vivir, pensar y sentir; ocultas pasiones les daban una fisonomía propia y determinada; á un lado, habrías sorprendido maliciosas miradas, en el momento de cambiarse; al otro, jóvenes solteras, aturdidas y curiosas, acusando un vago é indefinido deseo, y por todas partes mujeres celosas entregándose á la maledicencia á favor del abanico ó bien deshaciéndose en exagerados cumplidos. Aquella reunión compuesta, rizada y perfumada, se entregaba á esa especie de locura de fiesta que embriaga los cerebros, como ciertos vapores que se suben á la cabeza. Hubiérase dicho que de todas las frentes y de todos los corazones se escapaban sentimientos é ideas que, al condensarse, iban á obrar sobre las personas más frías para exaltarlas. En los momentos de mayor animación y en un rincón del salón dorado, donde se hallaban jugando uno ó dos banqueros, varios embajadores, antiguos ministros y el viejo é inmoral lord Dudley, que había asistido al baile por casualidad, la señora Félix de Vandenesse se sintió arrastrada irresistiblemente á trabar conocimiento con Nathán. Tal vez cedía á esa embriaguez propia del baile, que con harta frecuencia ha arrancado delicadas confesiones á los más discretos.

Ante el espectáculo de esta fiesta y ante los esplendores de una sociedad para él desconocida, el corazón de Nathán reventó de ambición. Al ver á Rastignac, cuyo hermano menor acababa de ser nombrado obispo á los veintisiete años, cuyo cuñado, Marcial de la Roche-Hugón, era ministro, siendo

él mismo subsecretario de Estado, y aspirando á casarse, según los rumores que corrían, con la hija única del barón de Nucingen; al ver en el cuerpo diplomático á un escritor desconocido que traducía los periódicos extranjeros para un diario que se había hecho dinástico desde 1830; al ver á algunos articulistas que formaban parte del Consejo de Estado y á algunos profesores que eran pares de Francia, notó con profundo dolor que había errado el camino, predicando la destrucción de aquella aristocracia, entre la cual brillaban talentos afortunados, hombres audaces coronados por el éxito y superioridades verdaderas. El mismo Blondet tan desdichado, tan explotado cuando ejercía el periodismo y allí tan bien acogido, en disposición todavía, cuando quisiese, de entrar por el sendero de la fortuna aprovechando la amistad de la señora de Montcornet, fué á los ojos de Nathán un palpable ejemplo del poderío de las relaciones sociales. En el fondo de su corazón resolvió desde entonces adoptar las mismas opiniones que profesaban de Marsay, Rastignac, Blondet y Talleyrand, este último jefe de la secta, aceptando sólo los hechos consumados, interpretándolos á su antojo y en provecho propio, haciendo un arma de todos los sistemas y, sobre todo, respetando la existencia de una sociedad tan bien constituida, tan seductora, tan natural.

—Mi porvenir—se dijo—depende de una dama que pertenece á estas esferas.

Y animado de este pensamiento, concebido al fuego de un deseo frenético, cayó sobre la condesa de Vandenesse como buitre sobre su presa. Esta tentadora criatura, lindísima con su atavío de plumas de marabú, que producían ese delicioso matiz y esa dulzura de tono que avaloran los cuadros de Lawrence, en perfecta armonía con la plácida dulzura de su carácter, sintióse seducida por la hirviente energía de aquel poeta hidrófobo de ambición. Lady Dudley, para quien nada pasaba desapercibido, protegió esta entrevista, entregando al conde de Vandenesse á la señora de Manerville. Orgullosa de su antiguo ascendiente, esta dama retuvo á Félix preso en el lazo de una querrela estudiada y llena de confidencias, en las cuales campeaba el rubor de cuando en cuando, de quejas lanzadas finamente como flores á sus plantas y de recriminaciones agrídulces, dándose á porfía la razón, sólo para que el conde le diera la culpa. Por primera vez los antiguos amantes se hablaban al oído desde su separación y rompimiento. Y

mientras la antigua querida de su marido revolvió la ceniza de los extinguidos placeres cual si confiara descubrir todavía algún rescoldo, la señora Félix de Vandenesse experimentaba una de esas violentas palpitaciones que sufren las mujeres cuando tienen la certeza de estar cometiendo una falta y de andar por un terreno vedado, emociones que no carecen de encanto y que suelen despertar sus potencias adormecidas. En el día se reproduce á cada instante el cuento de Barba-Azul; «todas las mujeres ansían servirse de la llave manchada de sangre», magnífica idea simbólica que constituye una de las glorias de Perrault.

El dramaturgo Nathán, suficiente conocedor de Shakspeare, desarrolló ante la condesa el cuadro de sus miserias, refirióle su lucha con los hombres y las cosas, hízole entrever sus deseos de grandeza desprovistos de base, su genio político desconocido y su vida llena de pasión y exenta de noble correspondencia. Sin decirle nada, sugirió la idea á esta encantadora mujer de desempeñar para él el sublime papel que desempeña Rebeca en *Ivanhoë*: amarle y protegerle. La conversación no descendió de las etéreas regiones del sentimiento. Ni la flor del myosotis es tan azul, ni la del lirio más cándida, ni la frente de los serafines más blanca, que las imágenes, las palabras y la frente iluminada y radiante de aquel artista, que con escaso trabajo hubiera podido enviar á su editor aquellas apasionadas declaraciones. ¡Con cuánta destreza supo desprenderse de su papel de reptil para hacer brillar ante los ojos de la condesa los espléndidos matices de la fatal manzana! María salió del baile presa de remordimientos que parecían esperanzas, cosquilleada su vanidad por cumplimientos halagadores, conmovida hasta el fondo del alma, y cual si oyera la voz de la virtud y de la caridad, ordenándole que se mostrara compasiva para con un desgraciado.

Tal vez de intento, la señora de Manerville llevó á Vandenesse hasta el salón, donde su esposa se hallaba departiendo con Nathán, tal vez aquél dirigióse allí por sus propios pasos en busca de María para marcharse, ó, por último, quizás su conversación con su antigua amante había despertado sus amodorrados pesares. Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que cuando fué á ofrecerle el brazo, su esposa descubrió en su frente una sombra de tristeza y cierto aire preocupado. En el primer momento temió que la hubiese descubierto, y cuando se encontró en el carruaje á solas con Félix, le dijo:

—¿No andabais por allí, amiguito, con la señora de Manerville?

Félix no había logrado todavía salir de los abrojos, á través de los cuales le paseaba su esposa, cuando penetró el coche en su palacio. Esta primera astucia que le dictó el amor hizo la felicidad de María, al ver que triunfaba de un hombre que hasta entonces le había parecido tan superior. Así fué como gustó el primer deleite de una victoria que se había hecho necesaria.

Entre la calle Basse-du-Rempart y la calle Neuve-des-Mathurins, en un obscuro callejón había tomado Raúl, en el tercer piso de una casa estrecha y de mal aspecto, un pequeño cuarto, desierto, desnudo y frío, en el cual recibía á los importunos y gentes fastidiosas condenadas á no traspasar los umbrales de su vida íntima. Su domicilio real, su aparatosa existencia y su representación se hallaban instalados en casa de la señorita Florina, actriz de orden secundario, pero que hacía ya unos diez años que por los esfuerzos de Nathán en los periódicos, y los de algunos autores en la escena, se había entronizado entre las más ilustres artistas. Diez años hacía también que Raúl se había unido tan íntimamente con esta mujer, que pasaba en su casa la mitad del día, comiendo con ella siempre que no tuviera un amigo á quien obsequiar, ó de quien á su vez debiera recibir el obsequio. A una gran corrupción, unía Florina un exquisito trato, desarrollado por su roce con los artistas, y un ingenio aguzado de día en día por el uso. Debe notarse que el ingenio pasa por una cualidad muy rara entre actores. ¡Es una preocupación tan natural la de suponer que las gentes que gastan toda su vida en manifestaciones externas, nada pueden conservar dentro de sí! Y no obstante, nada menos exacto, pues si uno se fija en el insignificante número de actores dramáticos y de mujeres seductoras que relativamente han salido de esta clase, bien es dable rechazar una preocupación que descansa solamente en la falsa acusación que suele dirigírseles de que pierden sus sentimientos personales en la expresión plástica de las pasiones, siendo así que para ello deben emplear de continuo las facultades del espíritu, llamadas memoria é imaginación. Los grandes artistas, adoptando una frase de Napoleón, son seres que interpretan á voluntad la comunicación que ha establecido la naturaleza entre el pensamiento y los sentidos. Moliere y Talma, en su vejez, fueron más tiernos y amorosos de lo que acostumbran á serlo la mayor parte de los mortales.

Obligada á alternar con los periodistas que todo lo adivinan y calculan, y con los escritores que todo lo prevén y nada se callan, y á observar á ciertos hombres políticos, que, reunidos en su casa, aprovechaban las salidas y los dichos que á cada cual se le ocurrían, ofrecía Florina una mezcla de ángel y demonio que la hacía digna de recibir á aquellos atolondrados á quienes acabó por fascinar con su sangre fría y lo monstruoso de sus sentimientos. Su casa, llena de galantes tributos, ofrecía la exagerada magnificencia propia de aquellas mujeres que, poco cuidadosas del precio de los objetos, sólo se cuidan de ellos por lo que representan y no les dan más valor que el de caprichos; mujeres que, en un acceso de cólera, rasgan un abanico ó rompen un pebetero dignos de una reina, y arman, en cambio, una pelotera si por casualidad un criado les quiebra un frasco de porcelana de á diez francos, destinado á abrevar de sus perrillos. El comedor de su casa, almacén de las ofrendas más distinguidas, dará una idea de su lujo regio y descuidado. En toda su extensión, incluso el techo, estaba cubierto de madera de encina al natural, esculpida y realizada por filetes de oro mate: en los ángulos, grupos de muchachos jugando, en los cuales centelleaba la luz que iluminaba aquí un boceto de Bixiou, el ilustre caricaturista, allá un boceto de ángel con un incensario, regalo de Francisco Souchet; más lejos algún lindo cuadro de José Bridau; en otro sitio, la figura de un sombrío alquimista español, hecho por Hipólito Schinner; allá un autógrafo de lord Byron á Carolina Lamb, colocado en un marco de ébano esculpido, y enfrente una carta de Napoleón á Josefina. Todo ello está colocado sin simetría, pero con un arte cuya finura no pasaba desapercibida. Al verla, el ánimo se sentía asombrado: campeaban allí coquetería y descuido, cualidades que sólo en casa de un artista se encuentran reunidas. Sobre la chimenea, de madera deliciosamente tallada, sobresalía, nada menos, que una extraña estatua florentina de marfil, atribuída á Miguel Ángel, que representaba un caballero descubriendo á una mujer encantadora bajo la zamarra de un pastorcillo, y cuyo original existe en el museo de Viena, y, á entrambos lados, dos espléndidas palmatorias debidas á algún pincel del Renacimiento. Un reloj de Boule colocado sobre un pedestal de concha, incrustado de arabescos en cobre, brillaba en medio de un testero, entre dos pequeñas estatuas salvadas de alguna demolición abacial. Próximas á los ángulos, descansaban sobre pedestales lámparas de una mag-

nificencia verdaderamente regia, con los cuales cierto fabricante había pagado á algún periodista sonoros reclamos demostrando la necesidad de tener lámparas ricamente adaptadas sobre cubiletes japoneses. Alineado en una delicada estantería, presentábase un precioso servicio de plata, bien ganado en un combate, en el cual algún lord debió reconocer el predominio de la nación francesa; aquí y allí, finalmente, preciosas porcelanas cubiertas de relieves, y en una palabra, el espléndido lujo del artista que no tiene más caudal que su mobiliario. El cuarto, violeta, era un sueño de bailarina el día de su estreno: cortinajes de terciopelo forrados de seda blanca, transparentándose á través de un velo de finísimo tul; el techo de blanca cachemira, realzado con festones de raso color de violeta; al pie de la cama una alfombra de armiño, y junto al lecho, cuyo pabellón remedaba la forma de un lirio vuelto boca abajo, una preciosa lamparilla, destinada para leer los periódicos antes de que salieran á la calle. Un salón amarillo, cubierto de adornos, color de bronce florentino, armonizaba con todas aquellas magnificencias; pero una descripción minuciosa de todo ello daría á estas páginas el aire de un anuncio judicial. Para hallar algo que pudiese servir de punto de comparación á cosas tan bellas, fuera menester llegarse hasta á dos pasos de allí, á casa de los Rothschild.

Sofía Grignault, que se había atribuido el nombre de Florina en ese nuevo bautismo tan frecuente en el teatro, principió su carrera trabajando en coliseos de escasa importancia, á pesar de su belleza. Sus triunfos y su fortuna los debía principalmente á Raúl Nathán; y la estrecha asociación de esos dos destinos, harto común en el mundo dramático y literario, lejos de dañar á Raúl, le permitía darse aires de un hombre de elevada influencia. No obstante, la fortuna de Florina nada tenía de estable: sus rentas aleatorias dependían de sus contrastes y de sus forzosas huelgas, y apenas le bastaban para los gastos de la casa y del tocador. Nathán, por su parte, rendía á sus pies el producto de los gajes que como periodista cobraba de las nuevas empresas industriales: empero, galante y protector impertérrito, esa protección no era regular ni sólida. Semejante incertidumbre, y aquella vida cimentada en el aire, no daban el menor cuidado á Florina, confiada en su talento y su belleza. Esta fe tenía mucho de cómico, para los que la oían hipotecar su porvenir siempre que se le dirigía alguna alusión sobre el particular.

—Yo tendré renta—decía riéndose—cuando quiera, pues habéis de saber que á estas fechas ¡he invertido ya cincuenta mil francos en papel del Estado!

Nadie se explicaba cómo había podido permanecer siete años olvidada y oscurecida, siendo tan bella, pues á los trece años, Florina fué contratada como figurante. Dos años más tarde debutaba en un oscuro teatro de los bulevares, y á los quince abriles no existen, por lo común, talento ni belleza: la mujer, entonces, es sólo una esperanza. A la sazón había cumplido los veintiocho, edad en que la belleza de las mujeres francesas alcanza su esplendor. Los pintores, principalmente, veían en Florina unos hombros de un blanco lustroso, incomparable, con un ligero tinte aceitunado á la altura de la nuca, hombros tersos y suaves, por los cuales resbalaba la luz, como en un pedazo de *moaré*. Al volver la cabeza, formábanse en su cuello magníficos pliegues, asombro y encanto de los escultores; y sobre este cuello precioso se erguía triunfante una cabeza menuda semejante á la de una emperatriz romana, una cabeza elegante y fina, redondeada y suelta como la de Pompea, con rasgos de una corrección espiritual, con la frente lisa de las mujeres que desdeñan cuidados y reflexiones, que ceden con facilidad, pero que á veces se emberrinchan como mulas, sin que valgan entonces las razones. Cortada su frente como de un solo golpe de cincel, avaloraba sus hermosísimos cabellos cenicientos, casi siempre encrespados por delante, partidos en dos mitades exactamente iguales, á la romana, y recogidos formando hermosísimo moño como para prolongar su diminuta cabeza y realzar con sus matices la blancura de su cuello. Sus cejas negras y finas, que hubieran desesperado á un pintor chino, formaban el marco de unos párpados sumamente inquietos, en los cuales se distinguía una delicada red de rosadas fibrillas; y sus claras pupilas, que despedían vivísimos reflejos, atigradas por oscuras listas, prestaban á sus miradas la cruel fijeza de las fieras y revelaban la malicia glacial de las cortesanías. De modo que al volver sus adorables ojos de gacela pardiclaros y guardados por largas y negrísimas pestañas, contraste encantador que marcaba todavía más su expresión escrutadora y de tranquila voluptuosidad, presentaban cierto aspecto de cansancio; pero el arte que poseía de menear sus pupilas, ya á los lados, ya á lo alto de los ojos, como para observar ó para entregarse á la meditación, el arte de fijar la mirada, haciéndole arrojar todo el chorro de su brillo sin mover la cabeza